

## CONSIDERACIONES ALREDEDOR DE LA OBRA *DE PUTAS. UN ENSAYO SOBRE LA MASCULINIDAD*

### 1. PODER Y MASCULINIDAD

Siempre que se habla o se debate sobre un conflicto social acaba apareciendo el poder, y junto a él, las comunidades. Hablar de poder es hablar de comunidades. La sociedad se organiza alrededor de un poder, algo o alguien manda y el resto obedece con entusiasmo o a regañadientes, porque el poder siempre castiga la desobediencia, de una manera u otra. Las comunidades son tales porque tienen un poder que las articula, una especie de centro de gravedad, y ese centro de gravedad nunca es físico, siempre se trata de alguna idea, siempre es psíquico, aunque se represente mediante símbolos físicos. El poder que articula a la comunidad global es el capital, y después viene la eminencia, lo que se destaca por encima del resto, lo que merece aclamación. Cuanto más cerca se está del centro de gravedad, más poder se tiene, y cuanto más lejos, menos. El poder necesita representación, eso lo sabemos. El poder se representa normalmente a través de símbolos inertes, que no se mueven por sí solos, pero también hay cuerpos vivientes que se erigen como sus representantes: los líderes, los jefes, los directores, los altos mandos, los presidentes, etc. Todos esos representantes acumulan, dispensan y sustraen poder, por eso se les respeta, admira o envidia. En otros casos es la opinión pública la que elige a los representantes del poder, a veces incluso contra la voluntad de los elegidos. Es el caso de toda aquella persona a la que la opinión pública considere representante de algún valor público. Aparecer en los media ya es suficiente para que algo del poder te toque, ya es un mérito, ya es suficiente para ser motivo de aclamación, muchos ojos te ven. Los media son una especie de escenario público, aparecer en la escena pública ya te aporta una dosis de poder. La plaza pública era uno de los lugares elegidos para levantar un monumento al poder, porque son espacios de confluencia, ahora las plazas públicas son los media y las redes sociales, donde las limitaciones de lo físico se han superado y se pueden levantar y derruir monumentos con mayor presteza y celeridad.

Las personas pertenecientes al género masculino, los humanos con pene, se erigieron como representantes del poder en la gran mayoría de las culturas y comunidades. Pero el poder necesita súbditos o subalternos, no todo el mundo puede ser su representante, porque el poder desaparecería, lo que quiere decir que al resto de los humanos, los sin pene o con debilidades perceptibles, o sea, género femenino, infantes y tarados, les tocó ser los subalternos. Sí, igual que existen cuerpos vivientes con más poder que otros, existen comunidades con más poder que otras, y un miembro del género femenino que pertenezca a una de esas comunidades tendrá más poder que un miembro del género masculino que pertenezca a una comunidad inferior, pero en esa comunidad inferior o con escaso poder sobre el resto, el macho dominará sobre la hembra. Por ejemplo, una mujer de la nobleza tendrá poder sobre un plebeyo, pero un hombre perteneciente a la nobleza tendrá poder sobre una mujer de su misma condición. Lo primero siempre es el poder, lo psíquico, no lo físico, por lo que el poder del falo es grande, pero relativo, el poder es psíquico y puede cambiar de significantes cuando las condiciones le sean favorables.

El género femenino, como tal, ha sido considerado por los representantes del poder como un género incapacitado para ejercerlo. Los motivos de tal consideración no vienen al caso ahora, pero si damos por sentado que toda sociedad se debe articular alrededor de un poder y que, por lo tanto, tener poder es algo positivo, ya que participas de la esencia de la comunidad y te aclaman por ello, nos parecerá razonable que, con la llegada de la cultura democrática, todas las comunidades y sujetos subalternos empiecen a reclamar el

mismo derecho a disputarlo, a participar de él y a representarlo, nos parecerá razonable que se quieran empoderar. ¿Pero en qué consiste representar al poder?

Cuando eres un representante del poder tienes que actuar según sus reglas, según lo que se espera de ti, tienes que representar un papel público, un rol que se adecue con la idea de poder que rija en la comunidad, con sus postulados, y en el caso del varón, del macho como representante del poder, ese rol tiene que ejercerlo en todo momento, sobre todo en el espacio público, pero también en el privado, que es una especie de sucursal del público, también en el rol de pareja, esposo y padre. ¿Y cuándo abandona ese rol? El problema de mantener un rol, o sea, de relacionarse con el entorno de forma mediada, es que si no lo abandonas de vez en cuando te puede llevar al delirio, a un encierro, a la locura –porque la locura solo puede ser un encierro, un estar atrapado sin margen de movimiento. Por ese motivo hay hombres que se quitan alguna máscara frente a sus amigos varones, otros que se la quitan frente a sus parejas –lo que suele desembocar en violencia–, y otros que solo se la quitan en soledad, en la intimidad, cuando no hay ojos con el poder o el derecho a testimoniar sobre lo que ven.

Por ese motivo, cuando Núria Güell decidió que era un buen momento para poner en debate el concepto de masculinidad, no buscó a antropólogos, ni filósofos, ni sociólogos, ni investigadores ni investigadoras de ningún tipo. Si quería saber en qué consistía la masculinidad al margen del espacio público, necesitaba algún testimonio del comportamiento de los hombres en su intimidad, alejados de lo público. Y entonces pensó en las prostitutas. Las prostitutas no tienen derechos, no son personas, no tienen voz, viven al margen, los clientes pueden mostrarse con ellas como les dé la gana, y la mayoría eligen mostrarse sin la máscara habitual. ¿Y eso qué quiere decir? No quiere decir que se muestren como son, eso significaría que son algo. Lo que allí vemos son hombres sin la máscara pública, vemos aquello que sostiene la máscara. La máscara es un significante vacío, que es lo visible, lo público, y se va llenando torpemente con unos atributos u otros dependiendo de la comunidad a la que pertenezca el cuerpo que la sostiene. Pero lo que encontramos bajo la máscara no son los atributos asignados por la comunidad, esos están dentro de la máscara, dentro del recipiente significante, lo que encontramos bajo la máscara son los cuerpos que la aguantan, sus únicos posibles significados reales, sin llegar a ser nunca esencias. La máscara de la masculinidad solo puede ser lo que son los cuerpos que la aguantan.

La compilación de testimonios que Núria Güell ha recogido en el vídeo y en un libro de próxima publicación, resultado de charlas desenfadadas con algunas mujeres que ejercen o ejercían la prostitución, no puede competir con las investigaciones académicas, ni es su pretensión, pero si la masculinidad es algo, en esos testimonios se ve representada, es lo que hay bajo el significante, no en su interior, es los cuerpos que la aguantan. Todos los cuerpos que aguanten la máscara de la masculinidad son la masculinidad. Cuerpos delirantes, con deseos y miedos, cuerpos volubles desenvolviéndose en una cierta intimidad, protegidos del escrutinio de la mirada pública.

Cuando se habla de masculinidad, se habla de masculinidad hegemónica, no hay otra, y la que hay es producto de la cultura del poder. El problema no es atribuirle a la masculinidad, a la pertenencia al sexo masculino, unas características admirables o despreciables, sino atribuírselas. En teoría, los atributos de la masculinidad se crearon para ser admirados y aclamados, ya que eran los representantes del poder, pero lo admirable va mutando con el paso del tiempo, y esos atributos se tienen que ir actualizando, aunque esas actualizaciones siempre provocan algún tipo de convulsión social transitoria –a las comunidades, de naturaleza conservadora, les cuesta mucho adaptarse a los cambios, necesitan tiempo.

Dicho esto, pertenecer al género masculino o al femenino y formar parte de una comunidad implica aceptar algunas condiciones o requisitos, se tienen que seguir ciertos hábitos de conducta y comportamiento, con más o menos margen de movimiento dependiendo de la comunidad. Y eso es así porque los géneros sexuales se han usado como «dispositivos», un término acuñado por Michel Foucault que da forma y señala la presión que ejerce el poder sobre la conducta humana. Un dispositivo es un camino trazado por el poder en el que, voluntaria o involuntariamente, te adentras, y una vez dentro tu margen de movimiento es el que el dispositivo te permite, siendo a veces muy difícil salir de él, saltar o volver atrás. Lo que parece más seguro es obedecer al dispositivo, seguir la línea trazada en la que te has adentrado sin saber bien por qué, sin conocer su causa.

Los dispositivos los crea el ser humano a través de la idea y el sentimiento de poder. El primer dispositivo, de hecho, fue el poder mismo, y los dispositivos generan dispositivos. La religión, por ejemplo, es un dispositivo que generó otros muchos. Todas las ideologías son dispositivos. Hay dispositivos simples y dispositivos complejos, flexibles e inflexibles. Los dispositivos complejos se deben a que se ha perdido su origen, se desconocen sus causas, y los simples se deben a que su origen aún está más o menos visible. Su flexibilidad o inflexibilidad dependen del margen de maniobra que permitan en su interior. Un dispositivo complejo es la educación, por ejemplo, con los saberes, el conocimiento, la cultura y todo eso; y los centros penitenciarios, por ejemplo, son dispositivos simples –se aparta y se castiga a los cuerpos que el poder considere que son un peligro para la integridad de la comunidad. Es un dispositivo que, en ese sentido, ha variado muy poco en milenios –solo ha cambiado el contenido de los castigos–, y también sería un ejemplo de dispositivo inflexible, ya que el margen de maniobra que permite en su interior es muy limitado. En fin, todos podemos hacer nuestra lista de dispositivos simples y complejos, flexibles e inflexibles, basada en nuestra propia experiencia, pero lo deseable, desde mi punto de vista, sería poder evitar el máximo número de ellos.

Los valores comunitarios, descendientes directos de la idea de poder, son los puntales que sostienen a los dispositivos y a las comunidades. El valor del dinero es uno de los puntales principales que sostiene muchos dispositivos, y el éxito social. Los valores morales son importantes puntales también. La moral como dispositivo deriva directamente del dispositivo religioso. Todos los caminos trazados, o sea, dispuestos, son dispositivos, y los hay de todo tipo, pero todos han surgido de la idea y el sentimiento de poder, y en ese sentido, sí, Dios es el creador de todo.

El dispositivo del género sexual es complejo, depende de muchos factores. Creer que debes comportarte de una forma o de otra por el hecho de tener pene o por sentirte atraído por el sexo femenino, por poco que se piense en ello, es disparatado, pero no nos engañemos, son dispositivos de los que no es nada fácil escabullirse por completo, la cultura de nuestra comunidad nos mete dentro en la más tierna infancia, y si no reaccionamos a tiempo ya es muy difícil salir, toda nuestra vida ya se ha organizado partiendo de ese dispositivo como referencia. Los dispositivos complejos normalmente son los que te hacen creer que estás ahí por voluntad propia o por una orden directa de la naturaleza, y el dispositivo basado en el género sexual pertenece a esa clase.

Parece que el ser humano necesita un origen y un destino, una tarea, un origen y un destino avalados por la comunidad, o sea, por el poder, y la comunidad, al asignar unos roles de conducta a los géneros sexuales, lo que pretende es facilitar el pasaje hacia esa tarea encomendada, obedecer la orden implícita en el origen –la búsqueda de un origen, de una esencia, siempre es la búsqueda de una orden–, porque a los humanos (sobre todo

a los adultos), no nos engañemos, nos encanta obedecer. O sea, que el tema no es cambiar los atributos de la masculinidad solo porque la orden haya cambiado, el tema es que el humano, ya nazca con pene o vulva, no necesita que se le asigne ningún rol social, por lo que defender o reclamar otro tipo de masculinidad no tiene ningún sentido.

## 2. DE PUTAS

*DALILA -Yo pienso, desde mi punto de vista, que para los hombres el sexo es como una necesidad básica, como ir de vientre, como comer, dormir, cosas básicas.*

*EDURNE -Es cierto que necesita tener una especie de harén, pero después no sabe cómo mantenerlo. Ese es el clásico macho.*

*NANCY -A ver, algunos vienen porque quieren mucho sexo. Se quieren correr varias veces, quieren que se la chupe, chupe, chupe, chupe...*

En la cultura masculina –y desde hace unas décadas también en la cultura femenina– la práctica sexual es un valor muy importante, y todo lo que tenga que ver con ella tiene un aura especial. A partir de una edad, los cuerpos que pertenecemos al género masculino somos conscientes de que tendremos que practicar sexo con otro cuerpo. Si nuestro cuerpo acepta de buen grado la heterosexualidad, empezamos a excitarnos con nuestras compañeras de clase, con actrices, con mujeres con las que nos cruzamos por la calle, y empezamos a masturbarnos, una práctica que ya no abandonaremos hasta que el pene deje de responder. Recuerdo la primera polución nocturna, creo que fue a los once o doce años. Había tenido un sueño erótico, y durante el sueño sentí un placer desconocido. Al despertar por la mañana tenía los pantalones del pijama y el pubis empapados en un líquido viscoso. Supuse de qué se trataba, algo había escuchado, pero no sabía qué hacer con el pijama. ¿Dejarlo encima de la cama como si nada hubiese pasado? Decidí ir al baño, limpiarme el pubis y el pene y vestirme allí. Me sentía algo nervioso y avergonzado. Al salir dejé el pijama en el cesto de la ropa sucia. Mi madre me vio dejarlo y me preguntó, extrañada, mientras se dirigía a examinarlo, que por qué había dejado el pijama en el cesto, ¿estaba sucio?. Yo no fui capaz de responder. Cuando mi madre lo examinó y vio lo que había pasado tampoco me hizo ningún comentario. A partir de entonces quise volver a sentir ese placer nocturno, y empecé a masturbarme, bueno, a manipular el pene sin saber bien cómo iba eso. O sea... que sí, el cuerpo nos pide que eyaculemos periódicamente. Imagino que a algunos se lo pedirá más a menudo y a otros menos, pero el cuerpo lo pide, es fisiológico. A parte de eso, también es verdad que en la cultura masculina ganas muchos puntos si practicas mucho sexo, ya seas heterosexual u homosexual. El sexo da puntos y las mujeres, como apunta Paula en uno de los fragmentos, son trofeos. Y aunque algunos machos lo proclamen públicamente para obtener algún tipo de aclamación, no es necesario. Uno ya se siente más seguro y reconfortado cuando practica mucho sexo, aunque nadie más lo sepa, es como si la vida, de repente, cobrase un sentido claro. La vida te quiere y tú le correspondes. Se parece

---

<sup>1</sup> (Fragmentos de la transcripción del video)

mucho a la felicidad. Evidentemente, esta sensación no aguanta un análisis mínimamente riguroso.

*PENÉLOPE -Es verdad que yo veo más masculinidad en el espacio público, entre las amistades, la familia, que en un ambiente íntimo. Realmente el 90 o el 95% de los hombres que utilizan este servicio vienen muy relajados, no imponen autoridad masculina ninguna, sino todo lo contrario.*

*NANCY -El típico macho... yo que sé, más bien está en la calle, y no sé por qué se hace el macho, porque aquí, ya te digo, son totalmente distintos. Aquí llegan con una sonrisa, diciendo "mi vida, mi amor..." Bueno, eso es un... tendrías que verlo, Núria, de verdad.*

*CRISTINA -Nosotras no somos nadie, y como no somos nadie, somos anónimas, viene, paga y se va. Delante de las dos puede hacer lo que quiera. Él sabe bien que nosotras no vamos a decir nada, que no nos importa en absoluto, pero a su mujer le puede sorprender, le puede traumatizar. ¿Pero a mí qué me importa si se quiere poner medias? Como si se quiere poner una cacerola.*

*DALILA -Para hacerse los machos ya tienen a sus amigos, a la gente con la que tienen que aparentar ser los machos.*

*PENÉLOPE -Desde el punto de vista de una mujer que ha tenido experiencias en estas dos facetas, la de mujer con pareja en la "vida real" y la de mujer que trata con hombres en el ámbito de la prostitución, te das cuenta de que son muy distintos.*

Por ese motivo Núria Güell decidió consultar a prostitutas sobre la esencia de la masculinidad. El tema es el espacio público. Acostumbramos a comportarnos de forma diferente en el espacio público que en la intimidad, tanto personas del género masculino como del femenino como de cualquier género. En la intimidad... digamos que somos más libres –y dejémoslo aquí porque si no se extendería demasiado. El caso es que el espacio público reclama un comportamiento público, que quiere decir que tienes que comportarte como la opinión pública de tu comunidad considere que debes hacerlo. El poder siempre te lo "sugiere" de forma directa o indirecta. En el espacio público hay normas. Si la idea de masculinidad de tu comunidad es de cierto tipo, tú debes corresponder a esa idea, o intentarlo al menos, sobre todo en el espacio público. Si no quieres corresponder a las sugerencias de comportamiento siempre puedes cambiar de comunidad, mudarte a otra con una idea de masculinidad que te complazca más, o bien sufrir las consecuencias de la deserción. Pero cuando nadie te ve, en la intimidad, puedes hacer lo que quieras.

¿Y qué pasa con la intimidad de las parejas sentimentales? Las parejas suelen conocerse en el espacio público (ahí entran los medios digitales también), o sea que su primer contacto está mediado por las normas sociales, y hasta que no se relajan los dos, pasa mucho tiempo. Y una vez relajados, en la intimidad o su simulacro, acostumbrados a ser guiados por relaciones sociales, algunas parejas no saben qué hacer. Entonces, o no se desprenden nunca de la tutela social –el dispositivo– y se acostumbran a vivir en intimidades separadas, o viven en la misma intimidad, pero porque el otro ya no es nadie, no es persona, se parece más a un animal de compañía, y entonces es como si estuviesen solos –compartir intimidad con un animal doméstico es mucho más sencillo que compartirla con otro ser humano. Así es cómo, finalmente, algunas parejas acaban cogiéndose cariño.

El caso es que el hombre, al empezar la relación con la máscara de la masculinidad puesta, después le es muy difícil desprenderse de ella, y se busca sus refugios íntimos para

hacerlo. Porque las máscaras pesan. Y muchos clientes se enamoran de prostitutas porque con ellas pueden comportarse sin la máscara pública, desde el primer encuentro, y seguramente es con la única persona con la que se comportan así, con tanta libertad, aunque esa libertad consista en aparentar sin rubor ser más poderoso de lo que se es.

En el último año de E.G.B. algunos compañeros de clase empezaron a llevar revistas porno al colegio, que mostraban a la salida. En una de esas revistas vi por primera vez la fotografía de una mujer desnuda con las piernas abiertas, la vulva se apreciaba perfectamente, y la verdad es que me chocó. No la había imaginado así. Me chocó tanto como la primera vez que vi un pene de adulto. Tanto el pene como la vulva, comparados con otros órganos externos u otros apéndices corporales, me parecían... poca cosa, tenía la sensación de que su valor cultural no se correspondía con su naturaleza. En mis sueños la vulva era como una hendidura bien perfilada, sin los labios, vaya, y me sorprendió que ninguno de los niños con los que miraba la revista comentase nada al respecto. Todos reaccionaban de igual forma, parecían jubilosos y excitados, como si conociesen lo que estaban viendo, emitiendo gemidos, riendo, manoseando la foto, gesticulando, como si se tratase de una mujer real, y éramos niños, aún estábamos aprendiendo a estar en el mundo. Así funcionan los dispositivos.

También recuerdo cuando un compañero, en el mismo año y también a la salida, me regaló un calendario de tamaño cartera con una foto muy similar a la que había visto en la revista. No recuerdo cómo reaccioné exteriormente al ofrecimiento, pero lo acepté, aunque la foto me parecía absurda y más bien desagradable, y me lo guardé en el bolsillo. Caminando hacia casa, algo avergonzado y nervioso, iba pensando en lo que iba a hacer con el calendario, porque no me gustaba nada. ¿Y si mi madre lo encontraba? ¿Pensaría que me gustaban ese tipo de fotos? Mi madre era una mujer también, y para mí la foto no era la imagen de una mujer, sino más bien la de un ser extraterrestre. Acabé tirándola a una papelera antes de llegar a casa, eludiendo las miradas y algo preocupado. ¿Se supone que, por ser hombre, debería gustarme la foto y guardarla como un tesoro? ¿Debería masturbarme mirando esa foto o fotos parecidas?

*PENÉLOPE -Pues la relación que tienen los hombres con su miembro viril es muy, muy egocéntrica. Vamos, pero al 100 %. Les encanta. De hecho es el sùmmum del placer para ellos. Y es verdad que cuando vienen todo gira en torno a su miembro, aunque después no duren mucho, pero es a través de lo que buscan el placer. Les encanta que se lo acaricien, que se lo toquen, que se lo besen... todo en su miembro.*

*PENÉLOPE -Es verdad que parece que son ellos los que tienen que dar siempre la satisfacción a la mujer, que tienen que aguantar hasta que la mujer llegue al orgasmo, que no se pueden desahogar porque se les puede acusar de eyaculadores precoces, de malos amantes, de que no sirven para nada. Entonces aquí se relajan, y cuando les llega el orgasmo... pues les llegó, les da lo mismo. (...)*

*CRISTINA -El hombre, cuando se quita su armadura, que es su traje, es como un niño, con miedos, con vergüenza de no quedar bien... De no quedar bien incluso sexualmente, de si se le levanta o no se le levanta... En fin, esas tragedias que tienen los hombres y que nosotras desconocemos. Pero que para ellos es una tragedia, y yo lo entiendo.*

*NANCY -Sí, yo pienso que tener el pene pequeño les afecta muchísimo, mucho, sí, sí, de verdad, y, de hecho, algunos dan pena y todo.*

A ver. No soy sexólogo ni he hablado nunca sobre el tema con ningún... humano con pene, digamos, o sea que hablaré por mí. Sí, en mi caso, el placer sexual, que es un tipo

de placer muy específico, se proyecta desde el pene. Para que exista placer sexual el pene tiene que estar erecto o en proceso. Si no tengo una erección, es que no estoy sintiendo placer sexual. A parte de eso, para mí el pene tiene vida propia, es autónomo. Así como puedo controlar los dedos de las manos, las manos, los brazos, las piernas y los pies, los párpados, los labios, la lengua, los ojos, incluso la vejiga –más o menos–, no puedo decirle a mi pene que se mueva a la derecha o a la izquierda, o cuándo tiene que empalmarse y cuando no, bueno, puedo decírselo, pero le dará igual. El pene pertenece al inconsciente, a una zona del inconsciente, digamos, de difícil acceso, y como el inconsciente manda, todo el cuerpo se pone a su servicio. Por eso me reconfortó escuchar lo que dice Cristina en el vídeo, que es una tragedia si no tenemos una erección cuando toca, porque es la verdad, sobre todo si lo que quieres es tenerla. Te sientes culpable de algo que no puedes gobernar, que ni tan siquiera has provocado, al menos conscientemente, y es horrible. Y después te sientes culpable de sentirte culpable.

Sí, hay ocasiones especiales, después de mucha práctica, en las que la conciencia puede llegar a participar, en las que la conciencia puede llegar a creer que está participando, que controla la situación, pero ese control, en mi caso, nunca ha sido total. El momento de la eyaculación, venga cuando venga, me resulta difícil de contener, a partir de un momento no hay vuelta atrás. Cuanto mayor sea la excitación, más probabilidades de eyacular al poco tiempo, va como va. Pero normalmente intento ir con cuidado, con todos los sentidos pendientes de los movimientos internos del pene, y al mismo tiempo intentando no olvidar que estoy con otro cuerpo que tiene sus deseos también, aunque los desconozca. Es difícil. Por eso, como cuenta Penélope, sus clientes acuden a ella para relajarse, *y cuando les llega el orgasmo... pues les llegó, les da lo mismo.*

En cuanto al tamaño... sí, reconozco que si tuviese un pene de 25 centímetros en estado de reposo quizás me sentiría más seguro, claro, aunque no sé hasta qué punto, y que si tuviese un pene más pequeño que el de la media... pues lo pasaría mal, pero tampoco sé hasta qué punto. Aunque es verdad que los machos, generalmente, envidiamos y admiramos los penes grandes, está claro, un falo grande tiene poder en todas o casi todas las culturas del globo terrestre. ¿Quién no lo desearía para sí?

*EDURNE -Últimamente vienen exigiendo más besos. "¿Tú besas en la boca? ¿Pero besas con lengua? ¿Y te puedo dar besitos por todo el cuerpo? ¿Te puedo comer el chocho?" O sea, ya no se fijan directamente en la penetración, buscan cariño, porque la sociedad está muy sola.*

*CRISTINA -Sí, hay hombres que realmente tienen necesidad de que les escuches. Que pueden estar tres o cuatro horas sin hacer absolutamente nada, solo hablando y contándote su vida, sus problemas. Quizás no tienen a nadie que les escuche. O quizás no quieren contarle sus miserias a alguien que les conozca, y si nos las cuenta a nosotras es porque sabe que aquí se queda, que no le conocemos de nada, que no nos importa lo que nos diga. Sí, hay muchos hombres que vienen más por compañía que por sexo.*

*EDURNE -Son seres muy solitarios, entonces vienen a ti buscando un recurso. Algunos se sienten un poco tristes, otros vienen buscando la manera de poder tener contacto físico... "Hace mucho tiempo que nadie me besa, ¿tú me besarías como una novia? Es que lo necesito". Entonces... sí, un 60 o 70% viene por cariño.*

*NANCY -Sí, la mayoría son hombres casados. De hecho, algunos dicen: "mira, me escapo del trabajo... o dejo a mi mujer no sé dónde... Hoy no puedo, vendré a verte tal día porque estoy con mi familia...", y así. La mayoría de clientes diurnos están comprometidos.*

*PENÉLOPE -Te hablan de cosas, de sus sentimientos, es verdad, te hablan mucho de su vida personal, y sin ningún pudor. (...)*

¿Qué decir sobre esto? ¿Los solitarios siempre son los otros? ¿Qué tienen los actos de «besar» y «lamer» para que Edurne los asocie con el cariño? ¿Y por qué últimamente la sociedad se siente tan sola? ¿O somos los machos los únicos que nos sentimos solos? Algunos puteros lo que quieren es compartir intimidad, porque no tienen a nadie con quien hacerlo, han visto su intimidad reducida a la soledad, solo pueden estar en la intimidad cuando están solos, y lo que quieren es compartirla con otro ser viviente. Eso también es una necesidad básica. Otros se compran un gato, o un hijo. En fin. Sea como sea, creo que la prostitución voluntaria debería ser una de las profesiones mejor valoradas socialmente. No es fácil y cumplen un gran servicio. Debería titularse. Tanto la femenina como la masculina, claro, la prostitución en general. Trabajarían en mejores condiciones y eso repercutiría en una mejora del servicio, y al mismo tiempo estarían protegidas de la violencia que a veces se ejerce sobre ellas, el Estado las asistiría. Creo que así debería ser en una socialdemocracia coherente, pero este no es el lugar para analizar el dispositivo democrático.

De momento tenemos hombres que acuden a la prostitución buscando placer sexual, otros buscando cariño y otros compañía, compartir intimidad, tres de los motivos por los que se convive en pareja, y sabemos que la mayoría de los *clientes diurnos* están casados o comprometidos. ¿Qué pasa? ¿Eso quiere decir que en su relación sentimental escasea el placer sexual, el cariño, la compañía o la intimidad? Y es que la pareja sentimental, el amor, también es un dispositivo. Amar, sea lo que sea, no es un dispositivo, pero el amor sí, y el matrimonio, y la familia. Uno puede empezar amando y, sin darse cuenta, verse atrapado en el dispositivo del amor, del que tampoco es fácil salir y en el que nos hemos metido sin conocer su causa. No estoy justificando las infidelidades, solo digo que son el resultado de un encierro voluntario o involuntario en un dispositivo. No todas, claro, algunas son por puro goce.

*CRISTINA -El que va a un prostíbulo a pagar veinte euros para que una mujer le haga lo que no le hizo nadie en la vida, seguramente en su casa será una mierda y en su trabajo también, pero allí, como está pagando, pues dice: "Esta puta me va a hacer ahora de todo, me voy a quitar las frustraciones con ella, yo soy un esclavo pero ahora lo va a ser ella". Claro, para ponerse en la posición de poder que en la vida real no tiene.*

*EDURNE -El hombre que ve que tú no disfrutas, se queda como un globo deshinchado.*

*PAULA -Como saben que nosotras tenemos muchos clientes ¿no?, pues piensan que si me follan hasta que me corro es como ganar un trofeo. O sea, para ellos, una mujer corriéndose es un trofeo.*

*PENÉLOPE -(...) El rol masculino está ahí y se percibe muy bien, todos cojean del mismo pie. De hecho, el rol masculino necesita reconocimiento social, sobre todo del lado femenino, y creo que eso no cambia.*

*EDURNE -Hay a algunos a los que les gusta hacer daño, pero no a las sumisas, quieren hacer daño a las que no lo somos. Es el macho dominante, el que no acepta un no por respuesta, y a veces tienes que estar protegida. (...)*

*CRISTINA -Ya saben dónde van. Ellos no tratan igual a una puta de 30 euros que a una de 100, o que a una de 1000. O sea, al final todo es poder económico también. (...)*

Y volvemos al poder.



También durante el mismo periodo, sexto o séptimo de E.G.B., algunos niños empezaron a tocarle el culo y las tetas a las niñas. Algunas se enfadaban y lo denunciaban, y otras, aunque lo rechazaban, lo tomaban como un cumplido, o eso parecía, pero esos niños se creían con la libertad y el poder de “meter mano” a sus compañeras de clase, de manosear. Se sentían por encima. En una ocasión le toqué el culo a una compañera que me gustaba especialmente, pasaba frente a mí corriendo con unas amigas y le di un palmazo. Fue durante uno de los últimos días del octavo curso, todos estábamos nerviosos porque sabíamos que acababa una fase de nuestra vida y empezaba otra, y resultó más un cachete que un “mete mano”, que es lo que deseaba. Ella se giró y me miró con una expresión que no he olvidado. Era una expresión de... ¿incomprensión? ¿perplejidad?, ¿por qué has hecho eso?, algo así. Aunque no dijo ni una palabra –bastó con la mirada–, y siguió corriendo junto a sus amigas.

Donde hay poder hay violencia. El deseo de poder puede traducirse en violencia, y la frustración provocada por no obtenerlo, también. Si perteneces a la comunidad o al género sexual representante del poder, sabes que tu meta es disputarlo, pero como el poder es de naturaleza psíquica, necesita reconocimiento. El reconocimiento se obtiene del otro a través del temor o de la aclamación. Para que te aclamen tienes que llevar a cabo algún tipo de acción que responda a los valores comunitarios, y para provocar temor tienes que usar la violencia. El respeto es un temor civilizado, encubierto, se respeta a lo que se reconoce como poseedor de algún tipo de poder o valor. La alternativa al respeto fuera de la esfera del poder no puede ser otra cosa que lo que llamamos empatía. No el significante, sino el significado, por lo que el significante puede variar si señala a un significado similar. El reconocimiento, la representación y el poder están íntimamente ligados, y los tres significantes señalan una ausencia o falta. Lo que necesita reconocimiento es porque no existe por sí mismo, por eso necesita el reconocimiento del otro; lo que necesita representación es porque no está, lo que está no necesita representación; y el poder es el poder del significante sin significado, del significante vacío, el «poder» mismo es un significante vacío que representa la posibilidad de señalar, nombrar o etiquetar todo lo que elabore nuestra fantasía.

Como las comunidades humanas se estructuran a través de la idea de poder, es inevitable que algunos de sus representantes abusen del mismo. De hecho el poder implica su abuso, por eso me resulta extraño ese afán de empoderamiento. La violencia que la cultura del poder ha ejercido sobre el cuerpo y la mente de las comunidades subalternas es algo que la sociedad en su conjunto debe asumir, a ser posible sin victimizar. El poder solo crea víctimas, comenzando por los subalternos y acabando en los representantes mismos del poder, nadie se libra. El poder crea víctimas y después, si le conviene, las señala, las ensalza y las empodera. Las víctimas son una fuente de poder también. Representar al poder te limita tanto como representar a la víctima, forman parte del mismo dispositivo, y el encierro acaba deviniendo paranoia o locura. El poder nos hace creer que somos algo, y de ahí a creer que somos algo superior hay solo un paso. Uno no se puede creer superior sin creer, a su vez, que hay algo inferior.

Las prostitutas que ofrecen un servicio más caro tienen más poder que las que ofrecen uno barato, y el trato que se les brinda suele ser más respetuoso. Cuanto más pobre sea una comunidad, más posibilidades tienen sus miembros de sufrir el abuso del poder. Pero si esa comunidad ha adquirido el rol de víctima, un rol que solo puede adjudicar la opinión pública, aunque siga siendo pobre, su poder habrá aumentado. Es lo que lentamente, pero de forma imparable, está sucediendo con muchas de las comunidades subalternas, las que el poder considere merecedoras de ese trato, claro. Si antes lo masculino se alzaba indiscutiblemente como el género garante y custodio del poder, últimamente lo femenino empieza a rivalizar, y tiene muchas papeletas para hacerse con

el cargo. Pero así como no existe una definición clara para masculinidad –aunque nos acogamos a sus aspectos culturales, determinados siempre por la idea de poder–, tampoco existe una definición clara para la feminidad, y por eso no entiendo cómo, pese a esas evidencias, gran parte de la opinión pública reclama una feminización del poder, sin especificar claramente en qué consiste esa feminización.

Aunque ahora nos parezca muy evidente, la opinión pública ha tardado siglos en reconocer el abuso de poder que el género masculino ha ejercido sobre el femenino, ese abuso estaba naturalizado, más o menos consensuado, naturalizado en todas las comunidades. Que la feminidad se alce con la representación del poder implica que las personas que se acogan a esa representatividad tendrán que obedecer sus mandatos, sus leyes y sus normas de conducta, aclamar sus valores y rivalizar por su representación y reconocimiento. El dispositivo no se verá alterado, solo habrán cambiado algunos significantes, se habrá actualizado.

Pero hay esperanzas. Ciertas corrientes filosóficas, entre las que se incluyen algunas corrientes de pensamiento derivadas del llamado «feminismo de la igualdad», abogan por la desactivación de los roles de género y los dispositivos, por la abolición de la idea de poder. Otras corrientes de pensamiento feminista creen que si el poder se feminiza todo irá mucho mejor, que puede existir un poder femenino que no implique abusos, un poder sin dispositivos o con dispositivos amables. Quizás yo estoy equivocado, quizás la feminidad existe –y la masculinidad también, claro– y es la salvación. Veremos qué pasa.

Mateu Ruz, septiembre 2018